

estuviera comprometida con este campo en ese país. Y si bien en ese entonces yo no tenía idea de qué eran (y confieso con vergüenza que no la tuve hasta mucho después), ellos me pusieron en contacto con otros intelectuales de otras partes del mundo, y de otros tipos de instituciones, para trabajar en un proyecto similar.

LOS ESTUDIOS CULTURALES COMO CONTEXTUALIDAD RADICAL

He afirmado que los estudios culturales se definen por su práctica; ahora quiero sugerir que esa práctica define su proyecto como un intento riguroso de contextualizar el trabajo político e intelectual de manera tal que el contexto defina tanto su objeto como su práctica. En una entrevista inédita que le hizo Bill Schwartz, Hall caracterizó de manera explícita la "perspectiva intelectual" de los estudios culturales como una interrogación de los contextos (Hall usa el término "coyuntura", que puede definirse brevemente como una forma particular de construir contextos): "Tienen una vocación intelectual de producir una comprensión crítica de una coyuntura, una coyuntura cultural-histórica". Y, nuevamente, al referirse al proyecto colectivo del Centro, afirmó: "Desde el comienzo pensamos que los estudios culturales tenían que ver con el compromiso de comprender las coyunturas".

Los estudios culturales comienzan con el supuesto de relacionalidad, que comparten con otros proyectos y otras formaciones, pero consideran que esta significa o, mejor, equivale a la afirmación en apariencia más radical de contextualidad: que la identidad, la significancia y los efectos de cualquier práctica o acontecimiento (incluyendo las prácticas y los acontecimientos culturales) se definen sólo por el complejo conjunto de relaciones que los rodean, interpenetran y configuran y que los convierten en lo que son. Ningún elemento puede ser aislado de sus relaciones, aunque esas relaciones puedan modificarse y de hecho se modifican constantemente. Cualquier acontecimiento sólo puede ser entendido de manera relacional, como una condensación de múltiples determinaciones y efectos. Se expresa, así, el compromiso con la apertura y la contingencia de la realidad social, donde el cambio es lo dado o la norma. Este contextualismo radical constituye el corazón de los estudios culturales.¹²

12 Quiero reconocer otra línea de pensamiento radicalmente contextual en el análisis contemporáneo, a saber, el de la genealogía de Foucault. Foucault (1977) ofrece una de las muchas descripciones de la genealogía como una práctica contextual: 1) como la comprensión de los acontecimientos en términos de la articulación de singularidades dentro de las relaciones de fuerza;

Esta es la razón por la cual, por ejemplo, al escribir acerca de *Policing the Crisis* (Hall, Critcher y otros, 1978), Hall (1998b: 192) afirma:

Si sólo se hubiera considerado la raza como un tema relacionado con los negros, se habría observado el impacto que han tenido las políticas relativas al orden público en las comunidades locales, pero nunca se habría apreciado hasta qué punto la cuestión de la raza y el delito ha funcionado como el prisma de una crisis social mucho más profunda. No se habría mirado el cuadro más general. Se habría escrito un texto sobre negros, pero no se habría escrito un texto de estudios culturales porque no se habría visto esta articulación con los políticos, la institución judicial, el estado de ánimo de la gente, la política, así como la comunidad, la pobreza de los negros y la discriminación.

De manera similar, Hall siempre sitúa (es decir, contextualiza) su trabajo sobre la raza, como cuando declara (1995: 53-54): "Nunca consideré que la raza y la etnia fueran una especie de subcategorías: siempre trabajé sobre toda la formación social, que está racializada". El resultado, desde luego, es que ninguna discusión sobre cuestiones relativas a la raza y a la etnia puede ser separada del contexto particular en el que se sitúa y al cual se dirige. Hall (1997a: 157) es rigurosamente coherente al respecto: "No reivindico, para mi particular versión de una noción no esencialista de la raza, la corrección eterna. Apenas puedo reivindicar para ella cierta verdad coyuntural [por el momento, léase 'contextual']". Es muy fácil olvidar —y se lo suele hacer— que el trabajo sobre el racismo y, a partir de él, sobre la identidad en sus diversas formas se lleva a cabo en el contexto de cuestiones relativas a una formación social cambiante específica y como respuesta a ella. Es decir que la contextualidad radical de esta perspectiva, si bien es teórica, nunca lo es de manera pura; sus preocupaciones políticas la definen y a la vez la limitan. En palabras de Hall (comunicación personal, 10 de abril de 2005), los estudios culturales abordan su contextualismo en forma "práctica".

Este contextualismo radical se plasma en el concepto de articulación. La articulación designa tanto los procesos básicos de producción de la realidad, de producción de contextos y de poder (es decir, la determinación o la efec-

2) como la teoría de la contingencia; 3) como la búsqueda de acontecimientos "en los lugares menos prometedores"; y 4) como contramemoria, para transformar la temporalidad de la historia misma. Mi agradecimiento a Josh Smicker por su ayuda en estas y otras cuestiones.

tividad), como la práctica analítica. Es la práctica o el trabajo transformador que consiste en hacer, deshacer y rehacer relaciones y contextos, en establecer nuevas relaciones a partir de relaciones viejas o de no relaciones, en trazar líneas y delinear conexiones.¹³ Pero la articulación no es una práctica única o singular. Diferentes conexiones ejercerán fuerzas diversas según el contexto, y esas fuerzas deben ser medidas; no todas las conexiones son iguales, o igualmente importantes. De hecho, hay tantas prácticas diferentes de articulación como formas de relación. No debe permitirse que el uso de la noción de contexto allane todas las realidades, como si hablar de los contextos necesariamente volviera equivalentes todos los sistemas de relacionabilidad, o los pusiera en el mismo plano o en la misma escala. La noción de contexto para este enfoque es siempre una unidad compleja, sobredeterminada y contingente. Si un contexto puede entenderse como las relaciones que se han establecido por la operación del poder, en respuesta a los intereses de ciertas posiciones de poder, la lucha por cambiar el contexto implica la lucha por planificar esas relaciones y, cuando sea posible, por desarticularlas y rearticularlas.

La articulación requiere tanto la deconstrucción como la reconstrucción: primero debe tenerse en cuenta que lo que parece ser un todo armonioso sin costuras ni fisuras, o una unidad natural cuyas contradicciones son inevitables e irremediables, se ha forjado a partir de piezas diversas y divergentes, al igual que la apariencia misma de totalidad y naturalidad. Es decir que los procesos mismos de articulación se han borrado y ahora deben ser redescubiertos en la posibilidad de desarticulación. La articulación comienza descubriendo la heterogeneidad, las diferencias, las fracturas, en las totalidades. Pero no puede terminar allí, en la negatividad de la crítica, porque la heterogeneidad nunca permanece pura y simplemente como heterogeneidad. Siempre se rearticula en otras totalidades; tal es el ser mismo de la relación entre la vida y el poder. Y si los intelectuales que se desempeñan en el campo de los estudios culturales no entran en esta lucha, con todo el trabajo de análisis e imaginación que requiere, si no intentan reflexionar detenidamente sobre las realidades de las articulaciones y las posibilidades de rearticulación, entonces el proyecto abandona el sentido mismo de la posibilidad política que lo mueve.

Esto no significa que la realidad esté completamente abierta. Los estudios culturales operan con una lógica de falta de garantías, que Paul Gilroy (1993a) llamó "antiesencialismo". El esencialismo expresa una lógica de garantías; considera que las relaciones que constituyen la existencia social e histórica son necesariamente del modo en que son. El esencialismo es la afirmación de que

13 Se relaciona con el concepto deleuziano de ensamblaje, aunque no es exactamente lo mismo (véase Deleuze y Guattari, 2002).

todas las relaciones que conforman la realidad vivida y cognoscible tuvieron y tienen que ser necesariamente de la forma en que son, porque las relaciones son, ahora y siempre, inherentes a los términos mismos de la relación. En las posiciones esencialistas, las respuestas están garantizadas y todo se sutura de antemano. Las identidades son fijas. Los efectos están determinados aun antes de producirse, porque todas las relaciones importantes de la historia están necesariamente contenidas en el propio hecho de que algo es lo que es, en sus orígenes mismos. Si la historia no parece desplegarse de acuerdo con esta trayectoria inevitable, es el resultado de cierta interferencia o principio de negación externos, como la falsa conciencia.

Los estudios culturales, como todos los antiesencialismos, niegan que la forma y la estructura de la realidad sean inevitables. Pero también rechazan la universalización de la contingencia que caracteriza muchas versiones del antiesencialismo, que niegan muy fácilmente cualquier estabilidad o realidad de las relaciones o las estructuras que definen. Están comprometidos con la realidad de las relaciones que tienen efectos determinantes, pero se niegan a suponer que tales relaciones y efectos deban ser necesariamente lo que son: no tenían que ser así, pero dado que son de ese modo, son reales, al igual que sus efectos. Los estudios culturales operan en el espacio que se ubica entre la restricción absoluta, el cierre, la comprensión completa y última, la dominación total, por un lado, y la absoluta posibilidad y libertad, la apertura y la indeterminación, por el otro. Rechazan cualquier reivindicación de "relaciones necesarias" (garantizadas) así como de "no relaciones necesarias" (también garantizadas), a favor de "relaciones no necesarias" (y aceptan, al mismo tiempo, que las relaciones son reales). Así, puede decirse que consisten en un análisis contextual de cómo los contextos o, mejor aún, un contexto específico, se constituye, se pone en tela de juicio, se deshace, se modifica, se rehace, etc., en cuanto estructura de poder y dominación.

La articulación es la versión de los estudios culturales de lo que generalmente se denomina construccionismo, la afirmación de que la realidad no está dada sino que se construye; la realidad siempre es una organización o configuración compleja que se monta constantemente. Presentarlo de este modo nos permite apreciar una verdad muy simple: que algo se construya no lo vuelve menos real, independientemente de cuáles sean las piezas que participan en su construcción. De igual manera, afirmar que algunas de esas piezas son, por fuerza, discursivas e incluso que portan un sentido no las vuelve menos reales. Una mesa no es imaginaria porque haya sido montada a partir de piezas de madera separadas, y el que se hayan usado otros tipos de elementos —clavos o tornillos, por ejemplo— no la vuelve menos real. Los estudios culturales no niegan que haya una realidad material, pero sí sostienen, a diferencia de otros, que es imposible separar lo que algunos llamarían hechos en bruto de los

sociales. Que ciertos hechos sean tratados como hechos en bruto, como si no hubiesen sido contruidos, dice más sobre la organización particular de la realidad en la que tal distinción es necesaria de lo que dice sobre los hechos mismos. El construccionismo, entonces, se niega a suponer que haya dos tipos de modos de ser: el real y el discursivo o simbólico, que existen en planos ontológicamente separados que sólo pueden ser puestas en relación mediante actos de conciencia eminentemente humanos. El construccionismo afirma que el mundo está conformado por organizaciones complejas de diversos tipos de acontecimientos, algunos de los cuales son expresivos (o discursivos). Vale decir que, así como una mesa está hecha de madera y clavos, cola y barniz, toda la realidad es una articulación compleja de muchos tipos diferentes de elementos o acontecimientos.

Los estudios culturales consideran que las prácticas culturales (o discursivas) son importantes porque resultan fundamentales para la construcción de los contextos y las formas específicas de la vida humana. Los seres humanos viven en un mundo que, al menos en parte, es construido por ellos mismos, y ello, a través de prácticas (de muchas formas diferentes de agencia, incluyendo lo individual y lo institucional, lo humano y lo no humano) que constituyen y transforman las realidades discursivas y no discursivas (ambas materiales), que están simultánea e íntimamente interconectadas. No sólo todo acontecimiento o práctica humanos están articulados culturalmente, sino que además las prácticas culturales participan en forma constante en la producción permanente de la realidad, no necesariamente como el logro intencional de las acciones humanas. Para expresarlo en términos simples, la cultura en la que vivimos, las prácticas culturales que utilizamos, las formas culturales que situamos e insertamos en la realidad, tienen consecuencias en la forma en que se organiza y se vive la realidad. Las prácticas culturales contribuyen a la producción del contexto como una organización de poder; construyen el contexto como una experiencia de poder vivida a diario. Por eso los estudios culturales son importantes, porque son una dimensión clave de la transformación o construcción permanente de la realidad. Pero esto no quiere decir que, como sostiene buena parte de la teoría contemporánea, la cultura por sí misma (por ejemplo, la producción de significación o de subjetividad) construya la realidad o sea una modalidad de poder.

En este enfoque, se intenta comprender cómo se construye una organización de poder a través de la desarticulación y rearticulación de relaciones, tomando la cultura como punto de partida, como puerta de entrada al complejo equilibrio de fuerzas construido a partir de las relaciones aún más complicadas de la cultura, la sociedad, la política, la economía, la vida cotidiana, etc. Los estudios culturales, en primer lugar, se ocupan de las prácticas culturales en tanto estas les dan acceso al contexto material de las relaciones desiguales

de fuerza y poder. Pero el contexto mismo no puede separarse de esas prácticas culturales y de las relaciones de poder, porque estas articulan la unidad y la especificidad del contexto como un ambiente vivido. Y ello conduce a uno de los compromisos más visibles del proyecto: su práctica es necesariamente interdisciplinaria. A menudo se cree en forma incorrecta que se trata de una especie de compromiso a priori (o de un ataque político a la organización disciplinaria de la academia) y no de una conclusión de la lógica de la contextualidad radical. El trabajo debe ser interdisciplinario, porque los contextos —y aun la cultura— no pueden ser analizados en términos puramente culturales; entender los contextos y, dentro de estos, las formaciones culturales específicas requiere examinar las relaciones de la cultura con todo cuanto no sea cultura. Pero, ¿dónde es necesaria la interdiscipliniedad, cómo y en qué medida? De nuevo, la respuesta debe ser contextual y práctica. Su interdiscipliniedad debe estar dada por la necesidad de producir conocimientos útiles, incluso cuando esta esté limitada por las posibilidades estratégicas del contexto, es decir, por una noción fundada de lo que es posible, de lo que puede lograrse, en el presente.

La influyente definición que dio Raymond Williams (1961: 63) de los estudios culturales, ya presentada en este capítulo, plantea dos problemas. Primero, ¿dónde se sitúa el privilegio de la cultura? Segundo, ¿cómo se especifica el concepto de toda una forma de vida de manera de identificar los elementos y las relaciones más pertinentes para volver posible la tarea? Podemos proponer la visión de Williams al reconocer, como algunas veces lo hizo él, que el espacio de toda una forma de vida es un espacio fracturado y contradictorio habitado por múltiples contextos y formas de vida y lucha contrapuestas.¹⁴ (Como desarrollaré más adelante, esta modalidad de contextualización es lo que se designa en este campo como coyuntura: una articulación compleja de discursos, vida cotidiana y lo que Michel Foucault llamaría tecnologías o regímenes de poder.) Dentro de cualquier espacio dado, tales contextos son siempre plurales. Más aún, dentro de cualquier contexto, como resultado de sus complejas relaciones con otros contextos, el poder es siempre multidimensional, contradictorio y nunca se sutura.

Este campo intenta hacer un uso estratégico de la teoría (y la investigación) con miras a adquirir los conocimientos necesarios para describir el contexto en formas que permitan la articulación de nuevas y mejores estrategias políticas. Requiere lo que Marx (Hall, 2003a) denominó “un rodeo por la teoría”,

14 Este es un tema controvertido: ¿exactamente en qué medida Williams escribió sobre el modo de vida en su totalidad como si fuera casi siempre una unidad armoniosa, comunicativa? (véanse Hall, 1993 y Gilroy, 1987).

con el fin de ofrecer una nueva y mejor descripción, que implique pasar de “lo empírico” a “lo concreto”, donde lo concreto se produce mediante el trabajo teórico de la invención de conceptos. Pero también debe dar un rodeo por lo real, por el contexto empírico, para poder continuar teorizando. Intenta llegar a una comprensión del contexto diferente y mejor que aquella con la que se comenzó (o que podría haber predicho sobre un fundamento únicamente teórico) sobre la base de las demandas y preguntas políticas que se les plantearon al inicio. *No se supone que los estudios culturales deban redescubrir lo que ya sabemos.* Esa es la razón por la cual sólo al final pueden plantearse las preguntas críticas acerca de la política; por eso, en este terreno, la política y la estrategia recién están disponibles luego del trabajo. Si bien se pone el conocimiento al servicio de la política, también se intenta hacer que la política escuche la autoridad del conocimiento (y por lo tanto su rechazo del relativismo). Así, quiero defender los estudios culturales como una rigurosa actividad de producción de conocimientos, sin desconectarlos de otros tipos de actividades y compromisos.

Esta contextualidad radical afecta cada elemento de la práctica misma, comenzando por su objeto, que, como he señalado, es siempre un contexto. En consecuencia, el objeto que concentra la atención inicial nunca es un acontecimiento aislado (un texto o lo que fuese) sino un ensamblaje estructurado de prácticas —una formación cultural, un régimen discursivo— que ya incluye tanto las prácticas discursivas como las no discursivas. Pero incluso tal formación debe situarse en formaciones superpuestas de la vida cotidiana (como un plano organizado de poder moderno) y de estructuras sociales e institucionales. Es decir que, en última instancia, no puede haber una ruptura radical entre el objeto o acontecimiento inicial de estudio y el contexto en el que este se constituye. Como señalaron Hall, Critcher y otros (1978:185) en *Policing the Crisis*:

Afirmamos que en este periodo hay claras fuerzas históricas que configuran desde afuera, por así decir, las transacciones prácticas inmediatas entre los “asaltantes”, los asaltantes potenciales, sus víctimas y quienes los apresan. En muchos estudios similares, estas fuerzas más amplias tan sólo se señalan y citan; su influencia directa e indirecta en el fenómeno analizado, sin embargo, permanece en un plano de vaguedad y abstracción —como parte de lo “secundario”. Por nuestra parte, creemos que las así llamadas “cuestiones secundarias” son en realidad precisamente las fuerzas críticas que producen los “asaltos” en la forma específica en la que aparecen.

Por desgracia, ese “plano secundario” con frecuencia está presente en el capítulo de apertura o es relegado a las notas al pie de muchos trabajos académicos. Ese segundo plano es justamente el contexto que constituye cualquier objeto de estudio posible, pero, lo que es aún más importante, esa noción tradicional de objeto de estudio es tan sólo la apertura, el punto de articulación, a través del cual se ingresa al contexto que constituye el verdadero objeto de análisis.

Este objeto de estudio inicial nunca debe desplazar el contexto como verdadero objeto de interés e investigación. Es la puerta de entrada al contexto, un punto de articulación adoptado o una cristalización de líneas de determinación, que no es lo mismo que un síntoma, ya que este último puede leerse en términos hegelianos, y sugiere una causa oculta. Un síntoma siempre es un síntoma de alguna otra cosa.¹⁵ Esos pequeños momentos recortan o expresan momentos, movimientos, contradicciones y luchas mayores. Son extraños agentes de atracción. Estas puertas de entrada son hechos sociales, por así decir, que nos indican —al menos esa es la apuesta que hacemos cuando los elegimos— que existe una historia para contar pero aún no sabemos cuál es. Por lo general, esa historia se relata en términos que conectan el punto de cristalización con las contradicciones que operan en los diversos campos de la formación social: contradicciones sociales, económicas, políticas y culturales, más las relaciones que existen entre ellas. El trabajo del contextualismo implica delinear la configuración que rodea a ese hecho social y lo constituye; por ejemplo, el “hecho” del asalto en *Policing the Crisis* o el cambiante tratamiento que se les da a los niños en mi propio *Caught in the Crossfire* (2005).¹⁶

La contextualidad radical de los estudios culturales también reconfigura su relación con la teoría. Si bien están comprometidos con la necesidad del trabajo teórico, piensan la teoría como una fuente que debe usarse de modo estratégico para responder a problemáticas, luchas y contextos particulares. La medida de la verdad de una teoría es su capacidad de permitir una mejor (re)descripción del contexto. Aquí “mejor” se define, primero, en términos de una relación con las realidades complejas del contexto, sin reducir esa relación a una noción de cierta correspondencia simple o directa; segundo, en términos de su capacidad para abrir nuevas posibilidades, tal vez incluso nue-

15 Por lo tanto, coincido con el espíritu pero no con la letra de la lectura que hace Rustin de la práctica de Hall.

16 Una cuestión que podría plantearse es si, en general, es posible construir un análisis contextual en torno a un único punto, o si es necesario contar con una serie de lugares diferentes, de manera que puedan usarse sus articulaciones cruzadas para constituir el contexto. Mi propia posición probablemente esté a favor de la última alternativa.

vas posibilidades imaginadas, para cambiar el contexto. La elección de los paradigmas teóricos implica siempre una apuesta respecto de lo que funcionará.

En esta perspectiva, la teoría y el contexto se constituyen y se determinan mutuamente. En ese sentido, se “desacraliza” la teoría para tomarla como un recurso estratégico contingente. Así, no es posible identificarse con ningún paradigma o tradición teóricos únicos; siempre se han enfrentado, incluso hasta el día de hoy, con diversas filosofías modernas y posmodernas, incluyendo el marxismo, la fenomenología, la hermenéutica, el pragmatismo, el postestructuralismo y el posmodernismo, así como también con las agendas teóricas (y políticas) del feminismo, la teoría crítica de la raza, la teoría *queer*, la teoría poscolonial, la teoría del discurso, etc.¹⁷

Esta es la significación del elocuente rechazo de Hall (1997a: 152) a que se le adjudicase el papel de teórico: “Tengo una relación estratégica con la teoría. No me considero un teórico, en el sentido de que ese sea mi trabajo. Siempre me interesa continuar teorizando acerca del mundo, de lo concreto, pero no me interesa la producción de teoría como un objeto en sí misma. Y por lo tanto uso la teoría de maneras estratégicas. [...] Es porque creo que mi objeto es pensar el carácter concreto del objeto en sus múltiples y diversas relaciones”. Para Hall, esto define una práctica de la teoría diferente: “Esto puede ser un tipo de trabajo teórico aparentemente poco preciso, poroso, pero no carente de rigurosidad. Siempre está conectado con lo específico de un momento concreto” (Hall, entrevistas). Esta relación particular con la teoría se encuentra en el centro del proyecto: “La única manera de que los estudios culturales [...] funcionen realmente es yendo de coyuntura histórica en coyuntura histórica y usando un marco teórico en evolución, que no esté conceptualmente purificado” (Hall, entrevistas). En consecuencia, lo que guía el análisis no son preguntas teóricas; no se extraen las preguntas de los intereses teóricos. *De lo contrario, la teoría se convierte en una forma de evitar los riesgos de la investigación. Al definir las preguntas y respuestas por adelantado, la dedicación a la teoría a menudo reduce la posibilidad misma de relatar una historia diferente y mejor, que incluya sorpresa y descubrimiento.*

Al mismo tiempo, no se niega la importancia de las categorías abstractas o generales, como las de mercantilización, racismo o colonialismo, que parecen trascender lugares y territorios particulares. La apelación a ciertas lógicas o procesos que en cierto sentido parecen escapar al contexto no necesariamente equivale a abandonar el contextualismo radical, sino que constituye una demanda de mayor análisis de la complejidad del contexto en términos tanto

de escala espacial como de duración temporal; esto amplía la posibilidad de que el análisis de un contexto (como una coyuntura, como veremos) se abra a una multiplicidad de contextos superpuestos, de contextos que operan en diferentes escalas, y de lo que podríamos llamar contextos integrados. Tales abstracciones y conceptos son ellos mismos siempre contextuales y tienen sus propias condiciones materiales de posibilidad; pueden considerarse ahora como conceptos regionales. En este punto, no se trata sólo del nivel de análisis en el cual debe hacerse el trabajo crítico. Mientras que una abstracción como la mercantilización puede decirnos algo sobre lo que distingue el capitalismo del feudalismo, no necesariamente nos ayuda a distinguir el capitalismo de otras formas de economía de mercado, y menos aún nos ayuda a entender las diferencias históricas y geográficas entre configuraciones específicas del capitalismo; eso es precisamente lo que necesitamos entender si queremos imaginar nuevos futuros y estrategias para concretarlos.

Desde luego, lo mismo puede decirse de la teoría de la cultura. Aun si la cultura define el comienzo de nuestra trayectoria hacia un contexto y a través de él, no hay una modalidad operativa de las prácticas culturales, una garantía de cómo funcionan en un contexto particular. En esta visión no existe una teoría general de la cultura. Se considera que las prácticas culturales son el lugar de intersección de muchos efectos posibles. No se parte de la definición de cultura o sus efectos, ni de la presuposición de las dimensiones relevantes según las cuales deben describirse ciertas prácticas particulares. Por el contrario, las prácticas culturales son lugares en los que puede esperarse que ocurran diferentes cosas, en los que se produce la intersección de diferentes posibilidades.

Si bien los estudios culturales tienen una motivación política, también consideran que la política es contextual. Suponer que se conocen de antemano los intereses políticos o la solución políticamente correcta garantiza que se cuente la misma historia, pues se sustituye el trabajo intelectual —necesario para llegar a un análisis contextualmente apropiado de las complejidades políticas y para formular intervenciones estratégicas e imaginativas viables— por compromisos políticos. Los lugares, metas y formas de lucha sólo pueden entenderse luego de haber hecho el trabajo de reconstruir el contexto, de manera de lograr comprender mejor las relaciones de poder. Pese a las apariencias, no debemos dar por sentados los intereses políticos o el comportamiento del electorado de cualquier contexto particular. No debemos suponer sin más que porque cierto tipo de lucha política tuvo sentido en la década de 1980, lo tendrá en la de 2010. Tampoco debemos suponer que porque cierto tipo de lucha política tuvo sentido en Inglaterra, lo tendrá en los Estados Unidos. En el campo de los estudios culturales siempre es necesario buscar equilibrar el deseo político, los recursos teóricos y el trabajo empírico.

17 Para una excelente y amplia discusión acerca de los desafíos y recursos teóricos para unos “nuevos” estudios culturales, véase G. Hall y Birchall (2006).

Desde esta perspectiva, el poder está organizado de manera compleja y contradictoria, en torno a múltiples ejes y dimensiones que no pueden reducirse unos a los otros. No podemos explicar las relaciones de género o sexuales sólo a través de relaciones económicas y de clase, por ejemplo, así como tampoco podemos explicar las relaciones económicas y clase sólo a través de relaciones de género y sexuales. Si las relaciones de género y sexuales se modifican, no hay garantía de que las relaciones de clase lo hagan (de manera similar o comparable); si se modifican las relaciones de clase, tampoco hay garantía de que las relaciones de género y sexuales lo hagan (de manera similar o comparable).¹ Lamentablemente, el poder es más complejo que eso. Pero desde una perspectiva optimista, el poder nunca puede totalizarse. Siempre hay fisuras y líneas de fractura que pueden convertirse en lugares activos de lucha y transformación. El poder nunca consigue por completo todo lo que querría para cualquier lugar; además siempre existe la posibilidad de cambiar sus estructuras y su organización. No podemos describir las relaciones de poder de acuerdo con los simples términos de dominación y resistencia, donde estos últimos son siempre y únicamente una respuesta que en el mejor de los casos limita el poder, en lugar de configurarlo. Las propias relaciones, dentro del poder, de las formas de control y contracontrol son contextuales y complejas. Más aún, si bien el poder opera en las instituciones y en el Estado, también opera donde las personas transcurren sus vidas cotidianas, y en los espacios en los que estos campos entran en intersección. Los estudios culturales siempre se interesan por cómo el poder infiltra, contamina, limita y potencia las posibilidades de que las personas vivan en forma justa, digna y segura. Pues si queremos cambiar las relaciones de poder, si queremos movilizar a las personas, aunque más no sea un poco, debemos comenzar desde el lugar en el que están, partir de donde y como viven en realidad. Y eso implica que debemos tomarnos el trabajo de entender “dónde” ocurre eso.

Soy consciente de que se ha acusado a este campo de producir simplemente un nuevo mantra —que se invoca de manera ritual— de la complejidad (de la contingencia y la contradicción). Sin embargo, a menudo las invocaciones de complejidad terminan regresando a ciertas formas de reduccionismo, o especifican por adelantado los términos de la complejidad como, por ejemplo, “raza, clase y género”. La complejidad suele ser equiparada con lo específico, lo local y lo empírico, en oposición a lo abstracto, lo global y lo teórico, que supuestamente son equivalentes. Espero que resulte claro que nada de esto pone en juego el tipo de complejidad que se halla en el corazón de los estudios culturales.

LA TEORIZACIÓN DE LOS CONTEXTOS

Si los estudios culturales son una práctica de contextualidad radical, parecería necesario reflexionar sobre la categoría de contexto, y abordarla de manera tan contextual como a cualquier otra categoría, ofreciendo una teoría contextual de los contextos. Se debe construir una noción de contexto que evite reproducir los mismos tipos de universalismos y esencialismos que tan a menudo han caracterizado a las prácticas dominantes de producción de conocimientos. De hecho, cualquier analista se enfrenta a un caos de contextos, tanto en el plano empírico como en el conceptual, que guarda una clara relación, aunque generalmente en formas no especificadas, con las nociones de lugar, de lo local y de localidad. Hay que encontrar una manera de pensar acerca de la complejidad en una forma estructurada/sobredeterminada, y no como una teoría de “cómo son las cosas realmente”.

La mayoría de las discusiones relativas al contexto desconocen dos supuestos en contraposición: primero, que el contexto es espacial, que define una interioridad delimitada, una isla estable de presencia ordenada en medio de un espacio que de otro modo estaría vacío o sería caótico; segundo, que el contexto es relacional, que siempre está constituido por conjuntos y trayectorias de relaciones y relacionalidades sociales, que establecen su exterioridad respecto de sí mismo. Como pregunta Massey (2004: 11): “Si las identidades de los lugares son verdaderamente el producto de relaciones que se extienden mucho más allá de ellos (si pensamos el espacio/lugar en términos de flujos y [des]conectividades y no únicamente en términos de territorios), entonces, ¿cuál debería ser la relación política con estas geografías de construcción más amplias?”. Ni siquiera la sofisticada teorización de los lugares que podemos leer en los trabajos de Escobar (2001; 2008), por ejemplo, y de Raffles (1998: 324) aborda la cuestión de las relaciones:

La localidad se encarna y se narra; en consecuencia, suele ser móvil: los lugares viajan con las personas a través de las cuales se constituyen. La localidad, entonces, no debería confundirse con la localización. Es, más bien, un conjunto de relaciones, una política permanente, una densidad, en los cuales los lugares se materializan de manera discursiva e imaginativa y se ponen en juego mediante las prácticas que llevan a cabo personas y economías políticas diversamente posicionadas.

En respuesta a las demandas de la coyuntura actual, propongo conceptualizar el contexto como una singularidad que también es una multiplicidad, un ensamblaje activo organizado y organizador de racionalidades que condicionan

y modifican la distribución, la función y los efectós –el ser mismo y la identidad– de los acontecimientos que, a su vez, están activamente implicados en la producción del contexto mismo. Los contextos se producen aun cuando “articulan” los “hechos” o las individualidades y relaciones que los conforman; se encuentran siempre en relación con otros contextos, y producen complejos conjuntos de relaciones y conexiones multidimensionales. Son el resultado de múltiples tecnologías –residuales, dominantes y emergentes–, de las que también constituyen la expresión. Estas tecnologías, que participan activamente en la (auto)producción del contexto, definen los mecanismos y las modalidades de articulación o materialización –las condensaciones de múltiples aparatos, procesos, proyectos y formaciones– que imponen una organización, una individualidad y una conducta particulares a las “poblaciones” del contexto (Deleuze y Guattari, 1998).

Hay al menos tres formas de constituir los contextos, tres modalidades de contextualidad, tres lógicas de contextualización: el medio (o localización), el territorio (o lugar) y la época ontológica (o diagrama). Estas describen las dimensiones interconectadas de todo contexto, aunque la naturaleza de esa interconexión (por ejemplo, una relación jerárquica/de escalas) es en sí misma contingente. Por lo tanto, no es posible leer la lógica específica de una dimensión desde o a partir de otra. También describen formas de delinear contextos de manera selectiva. El mejor delineamiento no es siempre la articulación de los tres. La forma en que delineemos un acontecimiento/contexto particular dependerá de las preguntas que nos formulemos o que nos debamos formular. (Definiré estas últimas como la problemática o los espacios problemáticos de un contexto.)

Comenzaré a describir estas tres modalidades de contextualización considerando brevemente la distinción que hacen Deleuze y Guattari (2002) entre el medio y el territorio. En primer lugar, el espacio es una multiplicidad de medios (superpuestos) que constituyen bloques heterogéneos de espacio-tiempo. Los medios son la suma de las relaciones materiales que existen dentro de un espacio-tiempo particular, bloques materiales de tiempo-espacio totalmente llenos. Son singularidades delimitadas, marcadas por fronteras empíricas, por más inciertas, fluidas y porosas que sean. Las fronteras de un medio se definen por regularidades materiales. Tales contextos no son azarosos ni caóticos; están “constituido[s] por la repetición periódica de la componente” o los elementos (319). Todo medio existe en relaciones espaciales complejas con otros medios; por ejemplo, “lo viviente tiene un medio exterior que remite a los materiales; un medio interior que remite a los elementos componentes y sustancias compuestas; un medio intermedio que remite a las membranas y límites; un medio anexionado de fuentes de energía” (319-20).

Los territorios existen cuando hay una resonancia o un ritmo que articula, coordina o comunica los medios, de manera que diversos aspectos o porciones de los diferentes medios se reúnen en un nivel diferente del de los medios mismos. El territorio reúne algunos de los elementos heterogéneos de medios que ya son heterogéneos, lo que crea una especie de consistencia: “Precisamente, hay territorio desde el momento en que las componentes de los medios dejan de ser direccionales para devenir dimensionales, cuando dejan de ser funcionales para devenir expresivas [...]. La emergencia de materias de expresión (cualidades) es la que va a definir el territorio” (Deleuze y Guattari, 2002: 321). Los territorios tienen un modo de existencia diferente del de los medios, pues señalan el surgimiento de materias de expresión (no subjetivas) creadas por todo, desde el canto de los pájaros hasta los ritos que fundan una ciudad.

La identidad del territorio no se define sólo por su interior, y tampoco niega simplemente su exterior. La expresión construye fronteras porosas y móviles, un interior (de “impulsos” y actividades) y un exterior (de “circunstancias”) y, en el proceso, reorganiza funciones y reagrupa fuerzas dentro de los medios. Un territorio reúne heterogeneidades por medio de la expresión de un ritmo entre los elementos. No es una porción de espacio-tiempo, sino una articulación de espacios-tiempos para producir otra cosa; se abre a otros territorios y medios, lo que lo convierte en un espacio de pasajes y relevos. Es una interioridad inseparable de su afuera, porque el afuera no es más que aquello a lo cual se abre la frontera. Un territorio siempre tiene “una zona interior de domicilio o de abrigo, una zona exterior de dominio” (Deleuze y Guattari, 2002: 321). No puede separarse de los vectores direccionales de los medios ni de las resonancias dimensionales –expresivas– que pasan de un medio a otro; no es origen ni destino. Es la organización de un espacio limitado, un sitio dinámico donde realizar acciones y producir un sentido de pertenencia (una morada), una forma constante de conservar el caos y de abrirse a él; un caos que nunca es sólo caótico, ya que también es el espacio de los medios. “Hasta qué punto es importante, cuando amenaza el caos, trazar un territorio transportable y neumático” (326).

Un niño en la oscuridad, presa del miedo, se tranquiliza canturreando. Camina, camina y se para de acuerdo con su canción. Perdido, se cobija como puede o se orienta a duras penas con su cancioncilla. Esa cancioncilla es como el esbozo de un centro estable y tranquilo, estabilizante y tranquilizante, en el seno del caos. [...] Ahora, por el contrario, uno está en su casa. Pero esa casa no preexiste: ha habido que trazar un círculo alrededor del centro frágil e incierto, organizar un espacio limitado. Muchos y diversos componentes in-

tervienen, todo tipo de señales y marcas. [...] Las fuerzas del caos son, pues, mantenidas en el exterior en la medida de lo posible, y el espacio interior protege las fuerzas germinativas de una tarea a cumplir, de una obra a realizar. [...] Un niño canturrea para acumular dentro de sí las fuerzas del trabajo escolar que debe presentar. Una ama de casa canturrea, o pone la radio, al mismo tiempo que moviliza las fuerzas anticaos de su tarea. Los aparatos de radio o televisión son como una pared sonora para cada hogar, y marcan territorios (el vecino protesta cuando se los pone muy alto). Para obras sublimes como la fundación de una ciudad, o la creación de un Golem, se traza un círculo, pero sobre todo se camina alrededor del círculo como en un corro infantil, y se combinan las vocales y las consonantes rimadas. [...] Un error de velocidad, de ritmo o de armonía sería catastrófico, puesto que destruiría a la creación y al creador al restablecer las fuerzas del caos. (318)

El territorio se aleja de una lógica de fronteras (el medio como espacio delimitado que encierra todo tipo de actividades, prácticas y relaciones) y se acerca a una lógica de la conectividad que sitúa los medios mismos dentro de "redes de relaciones y prácticas": Los territorios sólo existen a través de los medios, como "constelaciones de conexiones con ramificaciones que se extienden más allá" (Massey, 2005: 187). A diferencia de los medios, los territorios nunca pueden definirse cómodamente por fronteras espacio-temporales.

No es difícil apreciar cómo estas dos modalidades de contextualización pueden usarse para describir contextos en el nivel de la vida social humana. El medio, o lo que podemos llamar localización, describe un contexto "socio-material", un ensamblaje de lo discursivo y lo no discursivo, lo humano y lo no humano, de las prácticas, las estructuras y los acontecimientos físicos, biológicos y sociales. Pero no es simplemente lo que llena una porción del espacio-tiempo; es la existencia misma de esa porción de espacio-tiempo como condición de posibilidad de lo que lo llena, aun cuando lo que lo llena produce el espacio-tiempo del medio. Y está constituido por las repeticiones, las regularidades de los elementos en la localización. Podemos pensar en localizaciones que interactúan, en términos de las fronteras que existen entre ellas y de los flujos que las atraviesan, aunque la identidad de cada localización está relativamente disponible en sus propios términos. Pero tales relaciones introducen una escala (vertical), como extensión, en una geografía de contextos.

El medio es objeto de un empirismo teorizado, como en la descripción que hace Stuart Hall (2003a: 128) del método de los estudios culturales: "El método conserva así la referencia empírica concreta como un 'momento' privilegiado y no disuelto dentro del análisis teórico, sin por ello volverlo 'empirista':

el análisis concreto de una situación concreta". También es la descripción que hace Foucault de la conectividad de un orden transitorio (Philo, 1992: 150). Pero el propio Foucault (2004) reconoce que esa descripción es insuficiente en sí misma: "Ciertamente es necesario hacer el trabajo de precisar el espacio en cuestión, indicando dónde se detiene cierto proceso, cuáles son los límites más allá de los cuales algo sucede, aunque esta debería ser una tarea interdisciplinaria colectiva". El concepto de Gilroy (1993a) de "Atlántico negro" como negativa a pensar en términos de espacios nacionales a favor de cierto tipo de regionalismo podría servir como ejemplo de cómo los medios se constituyen en sitios particulares de investigación/política. Gilroy no defendía la demanda universal de una lógica georregional, sino que reaccionaba ante las demandas duplicadas de un contexto particular: por un lado, el comercio de esclavos en el Atlántico en la medida en que fue constitutivo de la modernidad atlántica y en que continúa dejando sus marcas en la política atlántica contemporánea (y especialmente en la europea) y, por el otro, y por cierto relacionados con esa herencia, los límites del nacionalismo como categoría analítica y política.

El territorio, o lo que podemos llamar lugar, es el contexto de la realidad vivida.¹⁸ Describe una realidad afectiva o, mejor, un conjunto complejo de articulaciones y registros afectivos que constituyen diferentes formas de vivir en localizaciones ya determinadas socialmente, diferentes posibilidades de formas y configuraciones de investidura, emplazamiento y orientación, cambio y seguridad, atención y valoración, placer, deseo y emociones. Establece relaciones complejas entre pertenencia y alienación, identidad e identificación, subjetivación y subjetificación. Un lugar es una organización expresiva de investiduras socio-espaciotemporales que transforman el espacio-tiempo extenso (la localización), mediante relaciones intensivas, en un espacio-tiempo vivible. Un lugar define una orquestación de las tonalidades afectivas que dan resonancia y timbre a nuestras vidas. Como señala Meaghan Morris (1992a: 467), es "una organización de los diversos tiempos/lugares en los que se desarrollan el trabajo así como el placer de la vida cotidiana". Es una contextualidad expresiva y afectiva —marcada por densidades, distancias y velocidades— de acceso

18 No estoy privilegiando las teorías fenomenológicas de la experiencia. De hecho, esa experiencia puede ser simplemente una clase de acontecimiento que puede e incluso debería incluirse en el campo de la realidad vivida, sin ningún privilegio especial. Cómo vivimos el territorio depende de muchas cosas, incluyendo el lugar donde vivimos en él y cómo nos posicionamos en relación con otros, aunque no iría tan lejos como algunas teorías postestructuralistas que simplemente reducen la relación con localizaciones y territorios a una cuestión de posiciones subjetivas.

y agencia, movilidad y estabilidad, un ensamblaje de prácticas, discursos, experiencias y afectos.

Los lugares tienen una forma diferente de demarcación; sus fronteras son siempre inestables, frágiles y porosas, siempre algo indeterminables. De hecho, no puede pensarse la contextualidad de los lugares con una lógica de las fronteras; necesitamos una lógica de la conectividad, que Massey (2005: 175) describe como "una constelación siempre cambiante de trayectorias [que] plantea la pregunta acerca de nuestra 'azarosa proximidad espacial' [*thrown togetherness*]"; es decir, de nuestra existencia en un "lugar" común. Los lugares son contextos constituidos por tránsitos y traducciones, que siempre se definen por sus relaciones con otros lugares. Como resultado, introducen la escala (horizontal), como intensión, en una geografía de contextos. La noción de territorio nos vuelve a llevar a los textos fundadores de los estudios culturales británicos; tanto Williams como Hoggart sostuvieron que el análisis de la cultura nos daba acceso a un tipo único de conocimiento que constituye el territorio como una totalidad vivida. Hoggart (1969) lo describió como la sensación de estar vivos en cierto tiempo y lugar, y Raymond Williams (1961; 1977), como la estructura del sentimiento.

La tercera modalidad de contextualización, el diagrama, involucra las condiciones ontológicas —o trascendentales— de cualquier contexto. Tales diagramas deben verse como ontologías históricas o contextuales, más que universalistas, esencialistas o trascendentes; describen las formas de existencia, los modos de ser en el espacio-tiempo, que son posibles y que constituyen las condiciones contingentes de posibilidad de medios y territorios y sus relaciones. Estos diagramas, en tanto ontologías de contextos, son fundamentales a la hora de teorizar sobre el contexto de maneras que nos permitan comprender no sólo lo que está sucediendo sino también los modos en que se materializaron contingencias y se abrieron posibilidades.

Ahora quisiera brindar brevemente una noción de lo que tales ontologías han influido el actual trabajo crítico. El punto de partida de gran parte de este trabajo ontológico es la ontología hermenéutica de *Ser y Tiempo* de Heidegger (1997); esta pone en juego una analítica que va de lo óntico (empírico) a los "modos [ontológicos] de estar-en-el-mundo" de todo ser, incluyendo ese tipo de ser que Heidegger denomina *Dasein* (del que también participa el ser humano) así como "la mundaneidad del mundo". El *Dasein* está constituido por/como un conjunto de relaciones e incumbencias espaciotemporales. Pero en sus últimos escritos, luego de intentar deshumanizar y desubjetivar la ontología, Heidegger ofreció una ontología de los contextos más explícita. Para él, una época no es sólo aquella que hace posible todo modo de estar en el mundo; es aquella en la que nos encontramos con nosotros mismos. (De hecho, es aquella que le es dada al "Hombre".) Es una matriz de posibilidades

espaciotemporales, una estructuración de incumbencias en la que configuraciones particulares tanto de localizaciones como de lugares pueden especificarse, particularizarse y volverse íntimas.

En términos de Heidegger, la época especifica las formas posibles en que el "Hombre" puede "habitar" en y con el mundo. Tales formas del habitar definen tanto los modos en que el mundo se nos entrega como los modos en que podemos organizarlo y relacionarnos con él: por ejemplo, el actual contexto (ontológico), definido de forma tan completa por la tecnología en términos de lo que Heidegger llama *Gestell* ("estructura de emplazamiento") e "imagen del mundo" (Heidegger, 1994 y 1997). En la *Gestell*, la realidad existe como recursos que pueden usarse y agotarse. Para Heidegger, los seres humanos no crean la época ni pueden elegirla. Pero las épocas llegan a su fin y vienen otras nuevas.

En estos tiempos, en que nos acercamos a cuestiones ontológicas, es más probable que nos encontremos con la noción de Deleuze y Guattari (1998) de la realidad que se produce a sí misma. En contra del antropocentrismo y el semiocentrismo de buena parte de la teoría contemporánea, estos autores ofrecen una ontología realista en la que la realidad se produce constantemente a sí misma y por lo tanto ese cambio (o devenir) está dado sólo ontológicamente. Su filosofía de la inmanencia se opone a las filosofías trascendentales kantianas, que se basan en el supuesto de una brecha infranqueable entre el sujeto y el objeto (el fenómeno y el noumeno) y que generan una serie de estructuras universales/procesos de mediación. En contra de esto, Guattari (1996) sostiene: "Todo cuanto se ha escrito para negar la conexión con el referente, con la realidad, [...] se pone al servicio de todas las jerarquías". Deleuze y Guattari consideran que la realidad es tanto real (productiva) como contingente (producida). Se niegan a reducir la realidad a una única dimensión, sea esta semiótica, social, inconsciente o material, o a poner entre paréntesis la eficacia de cualquier dimensión.

Parten del supuesto de que la realidad tiene dos modalidades de existencia que se hallan en un plano único —de allí una ontología plana—. Designan estos dos planos como los planos de la consistencia y la organización. La primera modalidad, la virtual, es el ámbito de la capacidad irrealizada pero realizable de afectar y ser afectados (que distinguen de lo posible, que no es real). En el plano de la consistencia, la realidad es la multiplicidad sustancial —los rizomas— de líneas de intensidad o devenir. Pero el plano de la consistencia siempre está organizándose —se organiza— en el mismo plano; una configuración particular de la realidad se actualiza —se produce— por la operación de máquinas o tecnologías múltiples y específicas. Estas máquinas —los autores usan este término para evitar nociones humanistas y voluntaristas vinculadas a la agencia— crean, distribuyen y organizan poblaciones (modos de individuación) y les imponen

regímenes de conducta, agencia y efectividad. Esta realidad real, si bien es ontológicamente plana, también se articula en y a través de muchas mesetas diferentes (por ejemplo, la inorgánica, la orgánica, la humana, etc.). A diferencia de lo que sostienen otras filosofías (como el pragmatismo), Deleuze y Guattari no suponen que las mismas máquinas operen en todos lados, en todos los niveles y de la misma manera. Esta producción de lo real se logra mediante tres tipos de máquinas –de estratificación (o abstractas), de codificación (de inscripción) y de territorialización– que plasman tres formas de relacionalidad o articulación: conectiva, disyuntiva y conjuntiva, respectivamente.¹⁹

19 Soy consciente de que identificar las formas de las máquinas con las formas de las líneas es, en el mejor de los casos, una extrema simplificación, pero sin embargo creo que es útil. De Landa (2006) ha hecho parte del trabajo más importante al vincular a Deleuze y Guattari con los intereses de los analistas sociales y culturales. Ello puede ser de ayuda para mí, dado que más adelante recurriré a su trabajo, para diferenciar mi argumento del supuesto de De Landa de que tal teoría se opone a las teorías de las totalidades. Estas últimas se caracterizan por "relaciones de interioridad: las partes que la componen están constituidas por las relaciones mismas que tienen con otras partes en el todo" (8). En oposición, una ontología social realista (la expresión es suya) se construye sobre la base de una teoría de la emergencia en la cual los elementos existen fuera del ensamblaje. De Landa supone que todas las teorías de la totalidad son hegelianas, al postular totalidades en las cuales "las partes se funden en una red continua" (10). Quiero pronunciar a favor de una ontología contextualista en la cual –excepto en el nivel de lo virtual– los componentes no existen fuera de los ensamblajes, fuera de las totalidades, pero esos componentes mismos son ensamblajes que siempre cambian a través de los procesos maquínicos mismos que siempre están mutando y cambiando la realidad, de manera que la menor rearticulación, el menor proceso de ensamblaje, reconstituye la parte. De esta forma, quiero continuar afirmando que la identidad de las partes se constituye dentro de los ensamblajes, sin caer en modelos hegelianos de relación e interioridad. La teoría de De Landa se basa en un nuevo dualismo que crea entre las propiedades que definen un componente o entidad y sus capacidades, y el ejercicio de las capacidades se define siempre por las relaciones de exterioridad. Esta distinción se parece extrañamente a la que hacen los empiristas entre las propiedades primarias y las secundarias. Pero, ¿y si suponemos que las propiedades son sólo la realización contextual de las capacidades? Si los ensamblajes son heterogéneos y contingentes (es decir, no hegelianos), entonces, aún es posible definir las relaciones de exterioridad dentro del ensamblaje y por su funcionamiento dentro de las mesetas. De Landa no puede seguir este movimiento, porque equipara los estratos con los ensamblajes en lugar de considerar los estratos como el resultado de tipos específicos de aparatos de estratificación, en lugar de ver los ensamblajes múltiples en las mesetas. (De esta manera, no deja espacio para el medio, y por lo tanto para una teoría del territorio.) El resultado es que De Landa sitúa los ensamblajes dentro de las poblaciones y no como la producción de la realidad por la producción y organización de las poblaciones. La diferencia final es que, como consecuencia, De Landa, para decir que tal teoría postula una ontología plana, afirma que la realidad "no contiene más que diferentes singularidades individuales en escala" (28). Sin negar que cualquier

Toda meseta o nivel de una realidad real está estratificada en dos ensamblajes, o poblaciones: expresión y contenido. El primero es un ensamblaje de poblaciones "funcionales o transformacionales", es decir, de individualidades caracterizables como formas de actividad y agencia. El segundo describe un "estado preciso de mezcla de cuerpos [...], que incluye todas las atracciones y repulsiones, las simpatías y las antipatías, las alteraciones, las alianzas, las penetraciones y expansiones que afectan a todo tipo de cuerpos relacionados entre sí" (Deleuze y Guattari, 2002: 94), poblaciones dadas como evidentes. Si el primero describe las formas de percepción y acción activas (incluyendo el discurso), el segundo describe los modos de lo dado y lo evidente, ensamblajes que, si bien nunca son pasivos, sin embargo no se constituyen como agencias; eso es lo perceptible, decible, etc. La máquina de estratificación produce dos ensamblajes que definen lo que ingenuamente podríamos llamar agencia no subjetiva y materialidad no pasiva. Es importante advertir que no hay nada intrínseco o esencial respecto de acontecimientos particulares (líneas virtuales de devenir) que garantice de antemano a qué estratos serán "asignados". Lo que varía de una realidad a otra, o de una meseta a otra, es la naturaleza de esta distinción real, la localización de la línea que separa estos ensamblajes (y la posición respectiva de las diferentes individualidades) y las efectividades específicas de estos. Es esta organización de materia y funciones, de contenido y expresión, en estratificaciones múltiples de contextos, la que define lo real como una realidad practicada y practicable. Podría considerarse que la teoría del imperio de Hardt y Negri (2002) ofrece una descripción de una máquina abstracta emergente.

La máquina de estratificación alcanza una segunda producción: cada estrato –expresión y contenido– está articulado a su vez como una relación entre forma y sustancia. Por ejemplo, las formas del plano del contenido imponen un orden estadístico, mientras que las del plano de la expresión son estructuras funcio-

ensamblaje sea una singularidad, quiero definir la ontología plana como la afirmación de que todas las singularidades, todos los ensamblajes, existen en el mismo plano (pero no en las mismas mesetas) y por lo tanto no puede haber un poder trascendental de una posición que se ubique por fuera de los ensamblajes y las mesetas. Además, De Landa pliega la producción de estratos a través de máquinas de estratificación, que distribuyen los componentes y producen dos poblaciones –la material (contenido) y la expresiva–, con los "procesos sintéticos" de territorialización (y desterritorialización). Luego introduce, en una especie de papel secundario, otro proceso sintético –el de codificación y decodificación– como operando únicamente en el plano de la expresión y en términos muy estrechos: la "producción y el mantenimiento de la identidad mediante entidades expresivas especializadas", incluyendo los genes y las palabras (14). Para otra postura respecto de Deleuze y los estudios culturales, véanse Slack (2003) y Seigworth (2006).

nales. El plano del contenido es el lugar de la materia formada; el plano de la expresión es el de la función formalizada. Las dos máquinas restantes operan en estas dos dimensiones, forma y sustancia. Las máquinas de codificación inscriben redes de diferenciación en forma tanto de contenido como de expresión; las máquinas de territorialización distribuyen las sustancias tanto de contenido como de forma. Las máquinas de codificación producen líneas disyuntivas que inscriben diferencias formales en y a través de los estratos, lo que da lugar a una lógica de lo apropiado (o bien... o bien...). Los códigos funcionan en forma extensional ligando ámbitos aparentemente independientes mediante mecanismos de normalización y lógicas de identidad y diferencia. La máquina de territorialización realiza una distribución intensional que produce una distribución espacial, según una lógica conjuntiva de alteridad (y... y...). Une de manera conjuntiva acontecimientos en relaciones de proximidad y distancia, lo que define distancias y proximidades, movilidades y estabildades.

El funcionamiento de estas máquinas, sin embargo, no es tan sencillo. Aparte de que, como he afirmado, siempre hay muchas máquinas diferentes en funcionamiento, cada máquina –cada línea de devenir en hecho– funciona en ambas direcciones: devenir, desdevenir, redevenir; estratificación, reestratificación; codificación, decodificación, recodificación; territorialización, desterritorialización, reterritorialización. Más aún, las máquinas nunca logran controlar la realización de lo virtual, lo que produce líneas de fuga que son tanto el producto como el escape del diagrama, ya sea en razón de la estructura misma de las máquinas o porque estas siempre están confrontando otras máquinas del mismo campo. En consecuencia, estas máquinas están destinadas a fracasar siempre, aunque más no sea porque cada una de ellas produce la posibilidad misma de escape (“líneas de fuga”). Las máquinas que producen la realidad están en permanente cambio, incluso se cambian a ellas mismas –y según algunos cálculos, mejoran– porque fracasan. Podríamos decir que el malfuncionamiento de estas máquinas no es un error sino la posibilidad misma de que sigan funcionando. Así es como la realidad cambia.

Vale la pena advertir que esta ontología les ofrece a los críticos dos posibilidades analíticas. La primera es un tipo de estrategia deconstructiva que desmantela el plano de la organización, la configuración específica de una actualización de lo virtual, para, por así decir, volver a lo virtual: siempre podemos descubrir lo rizomático, la ontología plana, el plano de la consistencia (la inmanencia).²⁰ Esta estrategia, que pasa de las “organizaciones molares” al

20 Deleuze y Guattari describen este proceso algo deconstructivo como pensar “n –1”. Es decir, se resta cualquier afirmación a la unidad u organización, para revelar lo virtual como puro “devenir”. Debería señalar también que

“devenir molecular”, es fundamental si queremos mantener el reconocimiento de que cualquier realidad empírica es tanto una construcción (la realidad se produce maquínicamente) como, al mismo tiempo, un resultado contingente y estocástico. Cualquier lucha para cambiar el mundo –aun en formas que sabemos que no podemos controlar– debe comenzar con el reconocimiento de que no necesariamente el mundo tiene que ser como es. Aunque tal vez esta sea la apropiación más común que se hace de Deleuze y Guattari, la segunda estrategia demostrará ser más central en mi argumento en el resto de este libro. Involucra el análisis de las máquinas particulares²¹ mediante las cuales se produce y sostiene una realidad real concreta, a menudo en formas que la hacen aparecer como inevitable. Esto puede advertirse, por ejemplo, en su afirmación (2002: 215) de que “[l]a cuestión no es, pues, saber si las mujeres, o los de abajo, tienen un estatuto mejor o peor, sino de qué tipo de organización deriva ese estatuto”.

Esta segunda posibilidad nos vuelve a llevar al trabajo del análisis contextual –seamos deleuzeanos o no– y al punto en el cual una ontología de los contextos requiere ser complementada, por un lado, por teorías tanto de localizaciones como de lugares y, por el otro, por el trabajo empírico real de describir lo que está sucediendo (como una producción de poder). Si bien es posible que, sin una comprensión del diagrama en el que vivimos, no podamos captar en forma adecuada los contextos contemporáneos de la vida humana –las posibilidades y los límites de las localizaciones y los lugares–, este contexto ontológico dista de ser una descripción adecuada de las realidades contextuales de la vida humana. Muy a menudo, el análisis ontológico viene en reemplazo del esfuerzo necesariamente complejo de ofrecer mejores nociones de lo que está ocurriendo en contextos particulares. Lo ontológico y lo empírico se articulan necesariamente, pero no son necesariamente lo mismo. Ontológicamente, la realidad puede ser rizomática o plana, y la existencia social puede estar condicionada por la comunidad inoperante (Nancy) o por la multitud, pero estas no son más que descripciones de los contextos concretos en los cuales las personas desarrollan sus vidas. De hecho, es precisamente la distancia respecto de lo ontológico lo que debemos medir, pues es allí donde ese poder opera para producir la actualidad de configuraciones específicas de las posibilidades ontológicas. Por ejemplo, Marston, Jones y Woodward (2005) parecen afirmar que la ontología plana deleuzeana vuelve irrelevante el concepto de escala

1) los rizomas existen en lo real así como en lo virtual y 2) los rizomas no son intrínsecamente buenos –también pueden ser despóticos–.

21 A veces se las describe también como procesos, tecnologías o aparatos maquínicos.

para cualquier análisis de la realidad, mientras que yo afirmaré que lo real es producido de una manera escalar e incluso vertical, a partir de y por lo virtual.

Por lo tanto, cuando consideramos algún aspecto de la existencia—por ejemplo, la religión o sus derivados o la cultura popular—, debemos desentrañar y distribuir con cuidado las preguntas en sus dimensiones apropiadas de contextualidad. Muchos análisis del mundo contemporáneo fusionan las diferentes lógicas de la contextualidad. Por ejemplo, equiparan los procesos y las estructuras materiales de los medios a las formas encarnadas en que son vividos (territorios). Es importante separar estos dos conceptos—medio y territorio—, al menos por el momento, y no suponer que la realidad vivida del territorio corresponde necesariamente a la especificidad material de la localización. Las formas en que estas diversas modalidades de contextualización se articulan en cualquier momento son siempre contingentes, sobredeterminadas e impredecibles.²² Una teoría autorreflexiva de los contextos y un análisis contextual adecuado tendrán que teorizar no sólo sobre estas diferentes dimensiones o modalidades, sino también sobre las articulaciones que existen entre ellas.

DEL CONTEXTO A LA COYUNTURA

Hay varios modelos de análisis crítico que ofrecen prácticas de contextualización radical y que, en grados variables, se han utilizado para articular diferentes formaciones de los estudios culturales: la práctica de Marx de la especificidad histórica, el análisis de Foucault de los dispositivos y los aparatos discursivos, la noción del pragmatismo de conocimientos y acciones situados, y la teoría de Deleuze y Guattari de la producción de lo real. Y si bien ellos han ejercido o podrían ejercer alguna influencia en los estudios culturales, no definen el modo predominante en el que se entiende el contexto desde este enfoque. Si el contexto es su verdadero objeto de estudio, ese contexto suele entenderse como una coyuntura. El concepto de coyuntura surgió a partir de los debates con y dentro del marxismo y la teoría política, especialmente en y en torno a la teoría de Althusser y a la revitalización de la teoría gramsciana.²³ Pero el concepto fue reformulado en las investigaciones empíricas y teóricas

²² Esta brecha se hizo visible en los estudios culturales, por ejemplo, en el modelo de "codificación-decodificación", donde se sostenía que ni las realidades discursivas ni las sociológicas determinan o garantizan las realidades vividas de lo que hacen las personas con y de los textos mediáticos particulares.

²³ Véanse, por ejemplo, Althusser (1970), Gramsci (1971), Laclau y Mouffe (1987) y Balibar (2003).

del Centro, así como en las de otros investigadores, como Martín-Barbero, Canclini y Guha.

Para los estudios culturales, el coyunturalismo es una elección política basada en el supuesto de que hay ciertos tipos de luchas y posibilidades políticas para los cuales el mejor modo de abordaje es cierto nivel de análisis, entendido como el intento de establecer un equilibrio o un acuerdo temporal en el campo de fuerzas. Así, Hall (entrevista) deja en claro que a él "no [lo] impulsa la idea filosófica general de que todo cuanto podemos estudiar son las coyunturas. [...] Hay muchas otras formas diferentes de trabajar. No todas las historias [...] tienen que ser historias coyunturales". Es en el nivel de la coyuntura donde se considera que el conocimiento puede articularse de manera útil y concreta con las luchas y posibilidades políticas.

Una coyuntura no se define a priori por una localización, un territorio o un diagrama. Está constituida por articulaciones específicas de estas modalidades diferentes de contextualidad. Pero, más específicamente, se caracteriza por una articulación, una acumulación y una condensación de contradicciones, una fusión de diferentes corrientes o circunstancias. Una coyuntura es la descripción de una formación social como fracturada y conflictiva, a lo largo de varios ejes, planos y escalas, que busca constantemente equilibrios temporales o estabildades estructurales a través de una variedad de prácticas y procesos de lucha y negociación. Es el producto complejo de múltiples líneas de fuerza, determinación y resistencia, con diferentes temporalidades y espacialidades. Sin embargo, una coyuntura debe ser construida, narrada, fabricada.

El coyunturalismo es una descripción del cambio, la articulación y la contradicción; describe una multiplicidad móvil, cuya unidad es siempre temporal y está siempre fracturada. Una coyuntura está constituida por, en y como la articulación de líneas de fuerza y transformación, desestabilización y re(estabilización) que son múltiples, están superpuestas y contrapuestas y se refuerzan unas a otras, tienen diferentes temporalidades y espacialidades, y producen un ensamblaje o articulación de contradicciones e impugnaciones que en potencia es caótico pero que nunca resulta ser tal. Así, lo que capturamos mediante el trabajo analítico y político es siempre un tipo de totalidad, siempre temporal, complejo y frágil. Los contextos y las coyunturas tienen relaciones complejas. En potencia, cualquier contexto puede englobar más de una coyuntura, y tanto los contextos como las coyunturas deben ser considerados como múltiples, superpuestos y encarnados.

Una coyuntura es esa acumulación/condensación que produce una problemática particular—o un conjunto de problemáticas, término que explicaré en breve— que constituye la coyuntura. El análisis coyuntural se centra en la formación social como una unidad o totalidad articulada de manera compleja (y que sin embargo no es una totalidad orgánica). El coyunturalismo estudia

la configuración cambiante de fuerzas que ocasionalmente buscan un equilibrio o un acuerdo temporal y a veces lo alcanzan. Enfatiza la constante reconfiguración sobredeterminada de un campo que sólo produce estabildades temporales. Las coyunturas tienen diferentes escalas temporales: algunas son prolongadas, y otras tienen una duración bastante corta. Sin embargo, tales análisis coyunturales no pueden entenderse como proyectos totalizadores (en los cuales todo está conectado con todo).

Lo que constituye la unidad de la coyuntura, entonces, es su/s problemática/s, que habitualmente es vivida (pero no necesariamente experimentada *per se*) como una especie de crisis social. Según Hall (1988: 127), el concepto de coyuntura describe "el terreno complejo, históricamente específico, de una crisis que afecta —de manera desapareja— a una formación nacional-social específica como un todo".²⁴ Estos son momentos en los que las inestabilidades y contradicciones aparecen en casi todos los puntos de la formación social y en los que las luchas se vuelven visibles y conscientes. En cierto momento, esta expresión de las contradicciones y luchas se manifiesta a su vez como una crisis sociopolítica (orgánica). Mientras que algunas coyunturas se caracterizan por una profunda crisis —orgánica—, otras se distinguen por incertidumbres, desequilibrios y luchas más pequeñas, y otras pueden parecer resolverse a través de "revoluciones pasivas", o al menos caracterizarse de ese modo. La crisis no está dada objetivamente pero tampoco es la creación directa del analista; se convierte en el cartel indicador de una lucha para constituir la coyuntura y, como tal, la base de una contienda política más amplia construida sobre formas de coalición y alianza a través de los diversos contextos, más que una batalla entre dos campos separables y por completo distinguibles. Más aún, dado que se trata de una crisis general, la lucha sólo puede darse a través de todo el espectro de problemas y diferencias sociales. Esto es lo que Gramsci describió como guerra de posiciones entre bloques políticos contrapuestos (alianzas). Estos bloques no buscan la dominación total ni el consenso ideológico, sino la posibilidad de definir la crisis y buscar soluciones instituyentes a lo largo de toda la extensión de la formación social.

El supuesto común de que la coyuntura se define siempre y necesariamente por el Estado-nación puede perder de vista la posible complejidad y contin-

24 Es necesario distinguir cuidadosamente entre una coyuntura, que, como señalaré, puede describirse en términos de un espacio problemático, y las formaciones hegemónicas que luchan por afirmar la posición dominante y por ofrecer un nuevo acuerdo, un nuevo equilibrio temporal. Por lo tanto, no hemos vivido ni vivimos en una coyuntura neoliberal o conservadora nueva, aunque esas posiciones puedan reclamar la posición hegemónica por un tiempo.

gencia que el concepto de coyuntura introduce en el cuadro analítico, precisamente porque nos permite ver la complejidad y contingencia del Estado-nación como una coyuntura. El Estado-nación es, justamente, la articulación de una multiplicidad de contextos bajo el signo de un régimen particular (o de varios regímenes) de la euromodernidad. Así, por un lado, no hay duda de que continúa afirmándose como una modalidad y un tropo dominante de la contextualidad, y sin embargo, como han afirmado varios analistas, también es una forma imposible, un dúo unido por un "guión inestable" (Gupta, 1998). Mientras que algunos sugieren que la actual crisis es el resultado de deshacer o rearticular ese guión, comparto la observación de John Clarke (2004) de que tales concepciones de una ruptura en la historia del Estado-nación les asignan demasiada solidez a sus encarnaciones pasadas, y que sería mejor considerar esa ruptura como "la dislocación parcial y perturbadora" de una articulación siempre vaga y contingente que debe ser mantenida y en la que debe trabajarse constantemente. Una coyuntura siempre debe verse como el resultado de un conjunto complejo y frágil de articulaciones, y requiere bastante esfuerzo mantener su forma y densidad, sujetas como están a cambios permanentes. Sugeriré que ubiquemos las luchas contemporáneas por y en torno al Estado-nación dentro de la coyuntura más amplia de las pugnas que se libran en el campo de la modernidad.

El análisis coyuntural (como una práctica teórico-analítico-política) plantea al menos tres tareas interrelacionadas fundamentales. La primera consiste en determinar "cuándo y cómo pasamos o no de una coyuntura a otra". Por eso la pregunta básica que se formulan los estudios culturales es siempre "cuál es la coyuntura que deberíamos abordar" (Hall, entrevista). La segunda, estrechamente relacionada, requiere que todo análisis busque un equilibrio adecuado entre lo viejo y lo nuevo (o, en términos de Raymond Williams [1977], lo emergente, lo dominante, y lo residual), entre lo similar y lo diferente, entre lo orgánico y lo coyuntural (y lo accidental). La tarea final es interrogar las articulaciones dentro y a través de lo que llamo "dimensiones de localizaciones, territorios y regiones". Baste decir que el análisis coyuntural debe examinar las articulaciones no necesarias de las realidades sociomateriales, vividas-experienciales y ontológicas de la coyuntura. Es decir que, sobre todo, ¡el coyunturalismo continúa comprometido con la complejidad y el trabajo!

LOS ESPACIOS PROBLEMÁTICOS DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Al mismo tiempo, el objetivo de los estudios culturales no es descubrir o afirmar sin más y en forma permanente que todo es contextual, complejo, etc.,